

Ave y nave en las alturas: breve homenaje a Arturo Souto

Graciela Cándano

Tomó una nave endereçada por la mar en tal que
non tomó peligro en pasar por la vida perdurable.

Sendeban

Este vocablo “naves” quiere dezir nadantes aves,
porque nadan en el agua e buelan con las velas.

Enrique de Villena

Si bien es sabido que la sabiduría y la sencillez son términos difíciles de conjuntar en una sola persona, no parece ser así cuando de Arturo Souto se trata.

Durante años he seguido la trayectoria del maestro, del asesor, del coordinador, del sinodal, pero ante todo, del consejero. Recuerdo cuando recurrí a él con el fin de que me orientara sobre un artículo que tenía que elaborar acerca del poeta Luis Rius, su gran amigo, quien —por cierto— siempre decía: “A Souto hay que tenerlo en el nicho”. ¡Por algo lo diría!

Arturo Souto siempre ha sido un maestro que por su probidad, generosidad y exigencia nos ha enseñado tanto a venerar a nuestros maestros como a respetar a nuestros alumnos; a valorar a antiguos y contemporáneos.

Con una sencillez grandilocuente —entiéndase la paradoja— ha callado cuando lo consideraba pertinente y ha hablado cuando así se requería. De Arturo Souto se puede aseverar lo que él a su vez afirmaba de Juan Meléndez Valdés: “Nunca un grito de dolor, ni un arrebato entusiasmado, ni un reproche rabioso. Todo es discreto, pacífico, mesurado. A lo más que llega es a la exclamación quejumbrosa, [...] la tristeza resignada”.¹

Modelo a seguir: águila que abre las alas a los aguiluchos y los enseña a volar, a buscar entre las piedras, a recorrer los llanos y a aprovechar los vientos.

¹ Arturo Souto, *Grandes textos creativos de la literatura española*. México, Promaca, 1967, p. 15.

¿Qué se puede decir de Arturo Souto, sino *leit-motives*?

Gran erudito...

Excelente maestro...

Asesor comprometido...

Implacable crítico...

Magistral cuentista... y un largo etcétera.

Sí, de Souto podemos decir muchas cosas, escribir largas páginas, llenar un disquete. Y ello no es exageración... porque nosotros, sus alumnos, sí sabemos —aunque él no sepa que sabemos— quién es él.

Ahora bien, paradójicamente, Arturo lo sabe todo, él es ORÁCULO que nos lleva a la bifurcación. Y sobre todo él es una gran NAVE-AVE que abarca desde los inicios de la literatura castellana hasta los umbrales del siglo XX español. En una de sus cátedras, hablando de Diego Torres y Villarroel, comentaba: “Su *Vida*, por ejemplo, está empapada de espíritu quevedesco, al igual que de las novelas picarescas de los Siglos de Oro, donde la sátira, como en *El diablo cojuelo* de Guevara, ocupa el primer lugar”.²

Así deambulaba Arturo de unos siglos a otros, con soltura, erudición y mesurada picardía. Él, como Bécquer —a quien tanto admira— “es amante de lo antiguo, de las ojivas góticas, de las graves campanadas”.³

Y quizá sus discípulos no tengamos los alcances para comunicarnos a esas alturas, en las que él se encuentra, para poder manifestarle lo que sentimos por su persona, por el gran maestro, ensayista y cuentista.

Todavía rezumban en mis oídos sus palabras cuando, refiriéndose al romanticismo de Espronceda, explicaba: “Voces que son pasiones humanas, ambiciones y dolores del hombre. En ellas campean la gloria y el amor, y lo indefinible, lo inasible: la quimera romántica”.⁴

Arturo Souto, literato perspicaz, de vuelo rápido y gran elegancia, se eleva encima de las nubes y ve fijamente al sol. Sí, él es un espíritu superior. Como Çendubete,⁵ él es una fuerza uránica, es un símbolo de iniciación que nos conducía con sus “castigos”⁶ alertándonos: “por ahí sí, por ahí no”, cuando manifestábamos nuestras opiniones sobre alguna obra que nos había dejado leer.

Maestro que ilumina: sus clases sobre Cadalso, *La Regenta* o Pérez Galdós son inolvidables:

² *Ibid.*, p.40.

³ *Ibid.*, p. 60.

⁴ *Ibid.*, p. 48.

⁵ El sabio consejero de Sendebarr. (Anónimo, *Sendebarr*. Ed. de María de Jesús Lacarra. Madrid, Cátedra, 1996.)

⁶ Consejos, amonestaciones.

La actitud de Leopoldo Alas —decía— fue muy avanzada para su tiempo, y lo es todavía, [...] nos sorprende por la objetividad de sus observaciones, la comprensión profunda con que trata a los personajes que idealmente rechazaba [...]. Alas, aunque tratando de comprenderlos a la manera cervantina, de explicarlos y mostrarnos sus mejores aspectos también, nos ofrece una galería de caracteres hipócritas, estúpidos, ambiciosos que sin lugar a dudas tenían que escandalizar a todos aquellos que se sintieran aludidos.⁷

Souto, el ensayista, con mano diestra da vida propia a los autores que aborda, ya sea el duque de Rivas, Zorrilla, Baroja, Garfias y tantos otros, de manera similar a lo que él mismo afirma de Clarín:

Los personajes principales de *La Regenta* son riquísimos en compleja humanidad, [...] pero no son los únicos. En su rededor se recrean a veces de manera relampagueante, impresionista, otros muchos caracteres que tienen el don más alto y difícil que puede darles un novelista: vida propia.⁸

Otro recuerdo: al aproximarnos, en una de sus clases, a Galdós, mostraba nuestro maestro grandes destellos de erudición: “¿Qué podría hacer un Galdós frente a Proust, Joyce, Mann, Kafka?” Y como de pasada, nos ilustraba sobre esos grandes autores de la literatura universal, para luego retomar el hilo:

Pero así como Unamuno es un ejemplo típico de novelista “a palos”, que va de la idea a la vida, y ha sido casi siempre, excepto en su poesía, un sesudo catedrático de Salamanca; y Valle-Inclán un rendido amante de la belleza sensorial, tremendamente confuso en cuanto a ideas, menos en su última época; y Baroja un infatigable fotógrafo impresionista de ambientes y caracteres que rara vez cuajan, Pérez Galdós, desde su humilde hermetismo, los anticipaba a todos, y creaba un mural completo, definitivo, de la vida española, y por lo tanto universal y humana, en el siglo XIX.⁹

Souto siempre ha sido un buen presagio. Hombre de una pieza, digno de confianza de todo aquel alumno que se acerque a él. Con firmeza, a la vez que con mano blanda, nos ha llevado por el camino de la sabiduría, aler-

⁷ Y más adelante afirma: “Cuanto más límpido es el espejo de su recreación poética, más enérgica su crítica, ya que refleja una realidad clara, penetrantemente observada y vivida. De haber querido distorsionar la imagen con tintas recargadas, con hipérbolos de escuela naturalista, hubiera traicionado sus propios principios estéticos, y *La Regenta* no sería, como es, no sólo una obra de arte, sino un documento de primer orden para introducirnos a la atmósfera social de una buena parte de la España decimonona”. (A. Souto, *op. cit.*, pp. 115-116.)

⁸ *Ibid.*, p. 117.

⁹ *Ibid.*, p. 131.

tándonos acerca de que “no todo es miel sobre hojuelas”. Souto da la pauta y luego nos impulsa al vuelo..., pero queda un sentimiento de orfandad, mismo que se va resanando por las remembranzas, por las huellas que dejó en nuestro espíritu.

Indudablemente, en este homenaje al maestro se presentan textos sobre su trayectoria como ensayista, como crítico, como docente; yo quiero hacer un último énfasis en su papel como sabio consejero, que enseña con su testimonio —y transmite con su palabra— como aquellos protagonistas medievales de las obras ejemplares que encarnan al mejor *omne del mundo*, desde los peñascos, desde las alturas.

100 Su palabra es como la de Augusto Ferrán, de quien Bécquer escribió en el prólogo a *La soledad* del citado poeta sevillano: “natural, breve, seca que brota del alma como una chispa eléctrica que hiere el sentimiento con una palabra y huye desnuda de artificio”.¹⁰

Y, así, en el mismo tenor, la voz de Souto resulta humilde, pensativa, susurrante. Nosotros, irremediablemente, identificamos muchas veces la voz del maestro con la de los autores que comenta; y pensamos que quizá como a Bécquer, también le entusiasman las coplas andaluzas; o como Zorrilla, nos introduce al mundo de los “caballeros sevillanos, encubiertos, curiosos, esqueletos, estatuas, ángeles, sombras, justicia y pueblo”.¹¹ Y cuando el erudito maestro se refería a este autor, nos llevaba en una nave por canales exquisitos: Moliere, Mozart, Schiller, Puskin, Lord Byron, Bernard Shaw, Tirso de Molina, etcétera.

Arturo Souto ha entregado su vida a nuestra Universidad, ha sido un emblema para los que seguimos sus pasos, sus enseñanzas, su testimonio. ¿Lograremos alcanzar esas alturas?

Éste es el gran reto que el maestro consejero ha insuflado en nuestros espíritus, como un *manager* que nos impulsa a pisar todas las bases del cuadrangular académico: docencia, investigación, asesoría y servicio.

Souto siempre “se ha volado la barda”... por eso seguirá en el nicho.

¹⁰ *Apud ibid.*, p. 58.

¹¹ *Apud, ibid.*, p. 84.